

Maggie O'Farrell

Tiene que ser aquí

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Primera edición, 2017

Título original: *This Must Be The Place*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2016 Maggie O'Farrell

© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2017

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: *Go Places Cars Can't* © Edward Tuckwell

Fotografía de la autora: © Double Vision

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-98-6

Depósito legal: B. 1.531-2017

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España — Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

La traducción de esta obra ha contado con la ayuda de Literature Ireland.

 **LITERATURE
IRELAND**
Promoting and Translating Irish Writing

A Vilmos

El mundo está más loco de lo que creemos, y todavía más,
Incorregiblemente diverso.

Snow, LOUIS MACNEICE

Tengo una sensación rarísima en las piernas

Daniel, Donegal, 2010

Un hombre.

Está en el peldaño, liando un cigarrillo. Hace un típico día variable, el huerto está exuberante, resplandeciente; las ramas, cargadas de lluvia que no cesa.

Un hombre, y ese hombre soy yo.

Estoy en la puerta trasera, lata de tabaco en mano, y veo algo entre los árboles, una silueta, al borde del huerto, donde los álamos se apelotonan contra la valla. Otro hombre.

Lleva prismáticos y una cámara de fotos.

«Un ornitólogo aficionado —me digo, mientras me paso el papelillo por la lengua—; los hay por estos parajes»; pero al mismo tiempo me digo: «¿De verdad? ¿Observando pájaros tan arriba del valle?»; y también: «¿Dónde estarán mi hija, el pequeño y mi mujer? ¿Cuánto tardaría en llegar a su lado, si fuera necesario?».

El corazón se me pone a mil, me golpea las costillas. Miro el cielo blanco con los ojos entornados. Me dispongo a salir al huerto. Quiero que el tío ese sepa que lo he visto, que vea que lo veo. Que se percate de lo grande que soy, de mis músculos de antigua estrella de la pista de atletismo (un poco más flojos, menos recios ahora, tengo que reconocerlo). Quiero que se imagine quién saldría peor parado si nos enfrentáramos. No puede saber

que no me he peleado en la vida ni tengo intención de hacerlo. Quiero que sienta lo que sentía yo cuando mi padre iba a castigarme por algo. «A mí tú no me la das», decía, señalándose el pecho con el índice, y luego a mí.

«¡A mí tú no me la das!», me dan ganas de gritar mientras intento guardar el cigarrillo y el encendedor en el bolsillo.

El tío mira hacia la casa. Veo el chispazo del sol en una lente y un movimiento del brazo, como para apartarse un pelo de la frente o apretar el disparador de la cámara.

Pasan dos cosas a toda velocidad: el perro, un lebrél irlandés bigotudo, patilargo y un poco artrítico, muy aficionado a dormir cerca del fogón, sale disparado por la puerta rozándome las piernas y se planta en el huerto soltando una andanada de ladridos graves; y aparece una mujer por una esquina de la casa.

Carga al pequeño a la espalda, lleva en la cabeza el típico sueste de los pescadores del mar del Norte y trae una escopeta en la mano.

Además, es mi mujer.

Esto último todavía me cuesta asimilarlo, no solo por lo inverosímil que es que un día este ser fabuloso accediera a casarse conmigo, sino también porque siempre manda el sentido común a hacer puñetas cuando menos se lo espera uno, como ahora.

—¡Por Dios, cariño! —digo con un gritito ahogado; me distraigo un momento pensando en lo aguda que me ha salido la voz. Decir poco viril sería quedarse corto. Ha sonado como si la regañara por elegir mal un objeto de decoración o por ponerse unos zapatos que no le combinan con el bolso.

Pasa por alto mi aflautada intervención (nadie podría reprochárselo) y dispara un par de tiros al aire.

Si, como yo, nunca han oído el disparo de una escopeta de cerca, permítanme decirles que el estampido es una explosión que revienta los tímpanos. Estallan luces de magnesio dentro de la cabeza, en los oídos pita la nota aguda de un aria, prolongada durante tres compases, y los senos nasales se llenan de alquitrán.

El estampido rebota en la pared de casa y en la ladera de la montaña y vuelve otra vez: una enorme pelota de tenis acústica que rebota por todo el valle. Mientras me agacho, me encojo y me tapo la cabeza, veo que el pequeño, curiosamente, ni se inmuta. Sigue chupándose el pulgar con la cabeza apoyada en la melena de su madre. Casi como si estuviera acostumbrado a esto. Casi como si lo hubiera oído muchas veces.

Me levanto. Me quito las manos de las orejas. A lo lejos, una silueta corre entre los matorrales. Mi mujer da media vuelta. Abre la escopeta de un golpe en el antebrazo. Llama al perro con un silbido.

— ¡Ja! — me dice antes de desaparecer otra vez por la esquina de la casa —. ¡Para que aprenda!

Mi mujer, conviene que lo sepan, está loca. No en el sentido de necesitar medicación, vigilantes y personal de bata blanca (aunque a veces me pregunto si no los habrá necesitado alguna vez en el pasado), sino en otro más sutil, más aceptable socialmente, menos aparatoso. No piensa como los demás. Cree que amenazar con un arma a cualquiera que merodee por los alrededores de la casa, inocentemente con toda probabilidad, no solo es lícito, sino que en realidad es lo que hay que hacer.

He aquí algunas verdades sobre la mujer con la que me he casado:

- Está loca, como creo haber dicho ya.
- Es una ermitaña.
- Por lo visto está dispuesta a apuntar con un arma a cualquiera que amenace con descubrir su escondite.

Entro en casa flechado, tan flechado como puede un hombre de mi tamaño, para alcanzarla. Esto hay que dejarlo claro ahora mismo. No se puede tener una escopeta en una casa en la que hay niños pequeños. No se puede y punto.

Me lo voy repitiendo mientras me dirijo a la parte delantera, pienso iniciar la protesta con esas palabras. Pero al cruzar la puerta principal parece que entro en otro mundo. En lugar de la llovizna gris de la parte de atrás, un deslumbrante sol amarillo claro inunda el jardín, que brilla y centellea como si estuviera tallado en piedras preciosas. Mi hija salta a la comba, da su madre. Mi mujer, que hace solo un momento era un bulto oscuro e intimidante con una escopeta, un abrigo gris largo y una capucha como la de la muerte, se ha quitado el sueste y se ha metamorfoseado por arte de magia en su encarnación normal. El pequeño gatea por la hierba con las rodillas mojadas de lluvia y un capullo de lirio aprisionado en el puño, soltando gruñidos de satisfacción como si charlara consigo mismo.

Es como si apareciera de pronto en otra época completamente distinta, como si estuviera en uno de esos cuentos populares en los que uno cree que ha dormido una hora, más o menos, y al despertar se da cuenta de que lleva ausente toda una vida, que todas las personas que amaba y todo lo que conocía ha muerto y desaparecido. ¿Vengo del otro lado de la casa, o en realidad llevaba cien años dormido?

Dejo de pensar en eso. Hay que abordar el asunto de la escopeta ahora mismo.

—¿Desde cuándo —inquiero— tenemos un arma de fuego?

Mi mujer levanta la cabeza y me mira con dureza, desafiante; la comba deja de moverse.

—«Tenemos», no —dice—. Es mía.

Salida típica de ella. Parece que contesta, pero no es así. Se agarra a un elemento que no es el objeto de la pregunta. La esencia del salirse por la tangente.

Me mantengo en mis trece. Tengo práctica más que de sobra.

—¿Desde cuándo «tienes» un arma de fuego?

Encoge un hombro, desnudo, me fijo, y suavemente bronceado excepto una fina tira blanca. Noto que algo se me moviliza automáticamente un momento en mi ropa interior (es curioso que, en

los hombres, estas cosas no cambien con la edad, que sigamos estando a una membrana de distancia de nuestro yo adolescente), pero vuelvo a centrarme en la discusión. No se va a salir con la suya.

—Desde ahora —dice.

—¿Qué es un arma de fuego? —pregunta mi hija.

—Las llaman así en Estados Unidos —dice mi mujer—. Se refiere a la escopeta.

—¡Ah, la escopeta! —dice mi dulce Marithe, seis añitos, duende, ángel y sílfide a partes iguales. Se vuelve hacia mí—. Papá Noel le trajo una nueva a Donal y él le dio la vieja a *maman*.

Esta novedad me deja un instante sin habla. Donal es un homúnculo maloliente que labra la tierra en el valle, más abajo. Digamos que tiene (y su mujer también, me imagino) problemas para controlar la ira. Donal Gatillofácil, podríamos llamarlo. Dispara a cualquier cosa que se menee: ardillas, conejos, zorros, montañeros (es broma).

—Pero esto ¿qué es? —digo—. ¿Tienes un arma de fuego en casa y...

—Escopeta, papi. Di «escopeta».

—... una escopeta, y no me dices nada? ¿No lo consultas conmigo? ¿No te das cuenta de lo peligroso que es? ¿Y si uno de los niños...?

Mi mujer da media vuelta y el borde de la falda roza sinuosamente la hierba húmeda.

—¿No es casi la hora de llevarte al tren?

Me siento al volante, una mano en el contacto y el cigarrillo de antes entre los labios. Busco en el bolsillo un encendedor esquivo o una caja de cerillas. Tengo la intención de fumármelo en algún momento antes de las doce. Solo me permito tres al día y ¡vaya si los necesito!

Entretanto hablo a voz en grito. Vivir en medio de ninguna parte tiene un no sé qué que incita a darse ese gusto.

—¡Vamos! —digo, admirando para mis adentros el volumen que llego a alcanzar, el eco que levanto contra el pie de la montaña—. ¡Que pierdo el tren!

Marithe parece ajena al alboroto, cosa encomiable por un lado e irritante por otro. Tiene en la mano un calcetín con una pelota de tenis o algo parecido dentro y está apoyada contra la pared de la casa, contando (en irlandés, percibo con un estremecimiento de sorpresa). Con cada número, *aon, dó, trí, ceathair*, da un golpe en la pared con la pelota, peligrosamente cerca del cuerpo. La observo y doy un par de voces. Lo hace bastante bien. Me sorprende preguntándome dónde habrá aprendido ese juego. Y no digamos el irlandés. No va al colegio, su madre le da clases en casa; lo mismo hizo con su hermano mayor, hasta que se rebeló y se matriculó por su cuenta (con mi ayuda, clandestinamente) en un internado inglés.

Por cuestión de horarios, a menudo tengo que pasar los días laborables en Belfast y vuelvo los fines de semana a este rincón de Donegal. Imparto un curso de lingüística en la universidad: enseño a los futuros graduados a diseccionar lo que oyen por ahí, a preguntarse cómo se construyen las oraciones, de qué manera se usan las palabras, y a intentar averiguar por qué es así. Siempre he centrado mi investigación en las formas de evolución de las lenguas. No soy un tradicionalista de esos que ponen el grito en el cielo y se rasgan las vestiduras por el deterioro que sufre la gramática y la decadencia en la propiedad del habla. No, me gusta el concepto de cambio.

Y por eso, dentro del restringidísimo campo académico de la lingüística, me he ganado fama de ir por libre. No es que sea un honor, pero es algo. Si alguien ha oído alguna vez un programa de radio sobre neologismos, desplazamientos gramaticales o el modo en que los jóvenes usurpan y se apropian de los términos para subvertirlos y usarlos a su manera, probablemente fui yo el que intervino para decir que cambiar es bueno, que hay que estar a favor de la flexibilidad.

Una vez se lo dije a mi suegra por casualidad y, sosteniéndome un momento una mirada imperiosa y enmarcada en rímel, me dijo en su impecable inglés parisino:

—Ah, pues no, no lo habría oído, porque siempre apago la radio en cuanto oigo a un americano. Es que no soporto ese acento.

Acentos aparte, dentro de unas horas tengo que dar una clase de lenguas criollas y simplificadas centrada en una única oración. Si pierdo el tren no llegaré a tiempo. No habrá clase, ni lenguas simplificadas, ni lenguas criollas, sino un grupo de estudiantes que nunca descubrirá la fascinante y compleja genealogía lingüística de la frase: «*Him thief she mango*».

Además, después de la clase tengo que coger un avión a Estados Unidos. Tras las innumerables presiones transatlánticas de mis hermanas y consciente de que es un error, voy para asistir a la fiesta del nonagésimo cumpleaños de mi padre. Lo que falta por ver es qué clase de fiesta se puede celebrar a los noventa años, pero me imagino montones de platos de papel, ensalada de patata y cerveza tibia, y todo el mundo fingiendo no darse cuenta de que el homenajeadado está enfurruñado en un rincón, gruñendo por lo bajo. Hace tiempo que mis hermanas dicen que el hilo con el que nuestro padre se aferra a la vida puede romperse en cualquier momento, y que saben que no siempre hemos opinado lo mismo (por decirlo suavemente), pero que si no voy pronto lo lamentaré el resto de mi vida, bla, bla, bla. «A ver —les digo—, ese hombre anda tres kilómetros todos los días, come cerdo a la brasa como para desabastecer a todo el estado de Nueva York, y no parece nada senil cuando te coge por banda al teléfono: nunca le faltan argumentos para señalar mis defectos y meteduras de pata. Es más, con respecto a su tan cacareada e inminente muerte, en mi opinión ya nació muerto.»

Mientras espero, me digo que este viaje (el primero en más de cinco años) no es la causa de esta inquietud, no justifica el ansia inexplicable de nicotina ni el tic nervioso del párpado. No tiene

nada que ver, nada en absoluto. Simplemente hoy estoy un poco tenso. Nada más. Iré a Brooklyn, veré al viejo, me portaré bien, asistiré a la fiesta, le daré el regalo que ha comprado y envuelto mi mujer, charlaré con mis sobrinos, aguantaré los días precisos y... después me largaré echando leches.

Abro la puerta del coche y voceo al aire húmedo: «¿Dónde estás? No voy a llegar a la clase»; entonces veo una caja de cerillas medio aplastada en el suelo, entre los pedales. Desaparezco para cogerla, como un buscador de perlas, y resurjo triunfante con ella en la mano. En ese momento mi mujer abre la puerta con mucha fuerza y empieza a atar al pequeño en la sillita del coche.

Respiro al tiempo que enciendo una cerilla. Si salimos ahora lo conseguiremos.

Marithe se sube torpemente a su sitio; el perro se cuela como puede, pasa al asiento y de ahí al maletero; la puerta del copiloto se abre y mi mujer se mete en el coche. Me fijo en lo que lleva puesto: unos pantalones de hombre, ceñidos en la cintura con algo que se parece sospechosamente a una corbata mía de seda. Encima, un abrigo que sé a ciencia cierta que costó más de lo que gano en un mes (una cosa grande y horrible de cuero y *tweed* que se cierra con alamares), y en la cabeza, un gorro de piel de conejo con unas orejeras historiadas. «¿Otro regalo de Donal?», me gustaría preguntar, pero no, porque está Marithe en el coche.

—¡Fiu! —dice mi mujer—. Hace un día de perros.

Tira al asiento de atrás una cesta de mimbre, un saco de arpillera, algo que parece un candelabro de latón y, por último, unas varillas de batir viejas y deslustradas.

No digo nada.

Meto primera y suelto el freno con una sensación ilógica del deber cumplido, como si lograr salir diez minutos tarde con la familia fuera el no va más; mando a los pulmones la primera calada del día y allí se deposita el humo, encorvándose como un gato.

Mi mujer alarga el brazo, me arranca el cigarrillo de la boca y lo apaga.

—¡Eh! —protesto.

—Con los niños en el coche, no —dice, señalando el asiento de atrás con un movimiento de cabeza.

Me dispongo a retomar el hilo y a ir por todas. Tengo toda una serie de contraargumentos que ilustran lo peligrosas que pueden ser las armas de fuego para los niños, comparadas con los cigarrillos... Pero mi mujer se vuelve, me clava una mirada del color del jade y me dedica una sonrisa tan íntima y tierna que el alegato que tenía preparado se va como agua por el sumidero.

Me toca la pierna rozando el límite de la decencia y susurra:

—Te voy a echar de menos.

Para mí, como lingüista, es una revelación la cantidad de formas que encuentran dos adultos para hablar de sexo sin que los niños tengan la más remota idea de lo que dicen. Es a la vez testimonio y celebración de la adaptabilidad semántica. Cuando mi mujer sonrío así y dice «te voy a echar de menos», en esencia significa «no lo voy a catar mientras estés fuera, pero en cuanto vuelvas, te llevo al dormitorio, te saco toda la ropa y me desquito». Entonces carraspeo y le respondo «yo también te voy a echar de menos», queriendo decir «voy a estar toda la semana deseando que llegue el momento».

—¿Cómo llevas lo del viaje?

—¿Lo de Brooklyn? —pregunto, procurando aparentar normalidad, pero las palabras me salen un poco entrecortadas.

—Lo de tu padre —aclara.

—¡Ah! —digo, describiendo círculos en el aire con la mano—. Eh... Va a estar bien. Seguro que a él... bueno, va a estar bien. Son solo unos días, ¿no?

—Es que —empieza a decir— creo que le...

Marithe debe de haberse dado cuenta de algo, porque de repente grita, un poco más fuerte de lo necesario:

—¡Cancilla! ¡Cancilla, *maman!*

Paro el coche. Mi mujer se quita el cinturón de seguridad, abre la portezuela de un empujón, se apea y la cierra de un portazo; desaparece del pequeño rombo de cristal, perlado de lluvia, de la ventana del copiloto. Al momento reaparece en el panorama del parabrisas alejándose del coche. Esto pone en funcionamiento alguna sinapsis preverbal del pequeño: el sistema neurológico le dice que ver alejarse a su madre es una mala señal, que quizá no vuelva nunca, que lo dejará morir aquí, que la compañía del atolondrado de su padre, que solo está presente a veces, no es garantía de supervivencia (no le falta razón). Suelta un alarido desesperado, como una señal a la nave nodriza: aborten la misión, solicitamos regreso inmediato.

—Calvin —digo, y aprovecho para recuperar el cigarrillo del salpicadero—, ten un poco de fe.

Entretanto, mi mujer descorre el pestillo de la cancilla y la abre. Suelto el embrague, piso el acelerador y el coche se pone en marcha; paso la cancilla y mi mujer la cierra.

Debo aclarar que hay doce cancillas entre la casa y la carretera. Doce. Eso significa que tiene que salir del coche doce veces, abrir y cerrar esas malditas cosas y montar otra vez. La carretera está a algo menos de un kilómetro, a vuelo de pájaro, pero se tarda una eternidad en llegar. Y si vas solo, es un esfuerzo ímprobo, y normalmente bajo la lluvia. A veces necesito algo del pueblo (leche, pasta de dientes, lo que suele acabarse normalmente en una casa), me levanto y, al darme cuenta de que tengo que abrir y cerrar nada menos que veinticuatro cancillas entre la ida y la vuelta, me desplomo otra vez en el sillón y me digo: «Qué puñetas, ¿qué falta hace lavarse los dientes?».

Decir que la casa está apartada se queda pero que muy corto. Se encuentra en uno de los valles menos poblados de Irlanda, a una altura que evitan hasta las ovejas, y no digamos las personas. Y mi mujer eligió el rincón más alto y remoto posible, un rincón al que solo llega una pista forestal que cruza toda una

serie de cercas para el ganado. De ahí las cancillas. Para llegar aquí hay que querer llegar de verdad.

La portezuela del coche se abre de repente y mi mujer vuelve a sentarse en el asiento del copiloto. Ya solo quedan once. El pequeño rompe a llorar de alivio. Marithe grita:

—¡Una! ¡Una cancilla! ¡Una, papi, ya hemos pasado una!

Es la única que se entusiasma con las cancillas. Al instante, un pitido histérico proveniente del salpicadero denuncia que mi mujer no se ha puesto el cinturón. No se lo va a poner, les aviso. El pitido y las lucecitas parpadeantes no cesarán hasta que lleguemos a la carretera. Un motivo de discordia en nuestro matrimonio: yo opino que vale la pena el esfuerzo de ponerse y quitarse el cinturón a cambio de evitar ese ruido infernal; ella no está de acuerdo.

—Volviendo a tu padre —prosigue mi mujer. Una de sus muchas cualidades es esa facultad que tiene de acordarse de las conversaciones inconclusas y reanudarlas—, la verdad es que...

—¿Por qué no haces el favor de ponerte el cinturón? —digo de repente.

No puedo evitarlo. Tengo un umbral muy bajo de resistencia al ruido electrónico repetitivo.

Vuelve la cabeza hacia mí con una lentitud infinita y suntuosa.

—¿Cómo dices? —inquire.

—El cinturón. Aunque solo sea esta vez, ¿por qué no...?

Surge otra cancilla entre la neblina y me tengo que callar. Sale, va hacia la cancilla, el pequeño llora, Marithe dice un número a voces, etcétera, etcétera. Al llegar a la penúltima tengo ya una leve presión en las sienes que amenaza con derivar en punzadas de un dolor persistente.

Mientras mi mujer vuelve al coche, la radio chista, deja de hacerlo y vuelve a la vida. No la apagamos nunca porque recibir señal es casi un milagro por estos parajes, y jaleamos cualquier fragmento de música o diálogo con hurras y vivas.

—¡Ah, Brendan! ¡Brendan! —exclama una mujer con fervor y

mucho sentimiento desde una emisora de a saber dónde—. ¡Ten cuidado! —y la conexión se deshace en interferencias.

—¡Ah, Brendan, Brendan! —repite Marithe encantada, con voz chillona, pateando el respaldo de mi asiento.

El pequeño capta el ambiente al momento y, agarrado con fuerza a los bordes de la silla, suelta un gorgorito; el sol elige este momento para aparecer inesperadamente. Ahora Irlanda es una bendición verde y agradable, y nosotros seguimos, casi resbalando por la pista forestal, salpicando en los charcos, hacia la última cancilla.

Mi mujer y Marithe especulan sobre qué sería eso con lo que Brendan debía tener cuidado; el pequeño repite una ene y, mientras muevo el dial a lo tonto, a ver si se puede oír algo más, pienso que es pronto para que use el paladar de esa forma.

Por fin paro el coche en la última cancilla. Un acento de Glasgow se abre paso entre las interferencias y llena el coche del típico tono serio y contenido de los presentadores de noticias. Hay por aquí alguna peculiaridad geográfica que a veces nos permite captar las noticias escocesas. Dice algo de unas inminentes elecciones locales, de un político que ha sobrepasado el límite de velocidad y de un colegio que no tiene libros de texto. Muevo el dial entre ondas vacías buscando palabras, cribando en busca de una voz humana.

Mi mujer sale del coche; va hacia la cancilla. Me quedo mirando cómo juega el aire con su pelo, su andar erguido de bailarina y la mano, con un mitón puesto, que agarra el pestillo.

La antena de la radio se esfuerza y encuentra una voz de mujer, serena pero vacilante. Habla de discriminación sexual en el trabajo, en un programa de esos de entrevistas sobre un tema concreto que se encuentran siempre en la BBC a media mañana.

Una octogenaria del suroeste de Inglaterra cuenta que fue una de las primeras mujeres que trabajaron de ingenieras y me dispongo a seguir buscando emisoras, porque a mi mujer le encantan estos temas y ahora solo me apetece un poco de música

digna de tal nombre. Pero entonces sale una voz distinta por los agujeritos de los pequeños altavoces que tengo junto a la rodilla: el acento limpio y de vocales largas propio del inglés culto.

—Y pensé para mis adentros: «¡Dios mío! —dice la mujer de la radio, llenando mi coche y los oídos de mis hijos—. Esto debe de ser la barrera invisible, el techo de cristal del que tanto se habla. ¿De verdad es tan difícil romperlo con mi cráneo?».

Estas palabras me producen un tintineo en la mente. Tienen un no sé qué que me resulta familiar. Sin previo aviso, empiezan a pasarme por la cabeza una serie de imágenes: una calle empedrada en medio de la niebla, una bicicleta encadenada a una barandilla, árboles con un intenso olor a pino, una capa resbaladiza de agujas en el suelo, un auricular de teléfono apretado contra el suave cartílago de una oreja.

«¡Conozco a esa mujer! —quisiera exclamar—. ¡La conocí!»
Casi me vuelvo y se lo digo a los niños: «Yo la conocí».

Me acuerdo de la capa negra que llevaba, de su afición por los zapatos menos indicados para andar, por las joyas raras, como articuladas, por el sexo al aire libre. La voz desaparece y el presentador nos dice que hemos oído a Nicola Janks en una entrevista de mediados de los ochenta.

Doy un golpe en el volante con la mano. Nicola Janks, ¡quién lo iba a decir! No he vuelto a oír ese apellido nunca más. Sigue siendo la única Janks que conozco. Me parece recordar que su segundo nombre era extravagante, griego o romano, el capricho de unos padres aficionados a la mitología. ¿Cómo era? Pienso con tristeza que en realidad no me extraña que lo de aquella época me parezca ahora un poco borroso, con todo lo que me met...

Y dejo de pensar.

El presentador está diciendo, en un tono delicado y afligido que solo puede significar una cosa, que Nicola Janks murió poco después de grabar esa entrevista.

El cerebro se me encabrita como un motor a punto de calarse.

Instintivamente busco a mi mujer. Ha abierto la cancela y está esperando a que la pase.

Tengo la sensación de que en alguna parte se ha abierto una ventana de golpe, o de que una ficha de dominó ha caído sobre otra y ha provocado una reacción en cadena. Se me ha venido encima una ola enorme, después se ha retirado, y todo lo que había debajo ha cambiado para siempre.

Vuelvo a mirar a mi mujer. Sujeta la cancela con todo su peso para que el viento no la cierre contra el coche. La sujeta confiando en que voy a cruzarla con el coche, el coche en el que van sus hijos, sus cachorros, sus seres más queridos. El aire irlandés le hincha el pelo como la vela de un barco. Escruta el parabrisas en busca de mi cara, preguntándose por qué no avanzo, pero, desde donde está, el cristal se vuelve opaco con el reflejo de las nubes. Desde donde está podría ser que yo ni siquiera estuviera aquí.

El tren pasa la frontera en dirección este, entre chubascos intermitentes. Voy sentado, con el periódico que me ha comprado mi mujer enrollado en la mano a modo de batuta, como si fuera a dirigir a una orquesta invisible en una sinfonía.

Hace diez años que hice el viaje inverso, un viaje de peregrinación, digamos. Era la primera vez que viajaba a Irlanda: lo cierto es que nunca se me había ocurrido venir aquí. No soy un americano descendiente de irlandeses de esos que se dejan aporrear por la nostalgia de una Éire falsa, hecha de fantasías sobre el pasado de un país que nuestros bisabuelos se vieron obligados a abandonar para sobrevivir. En la familia, era el único que tenía esa actitud: todas mis hermanas llevaban anillos de Claddagh,* iban a los desfiles del día de San Patricio y ponían a sus hijos nombres llenos de grupos consonánticos enrevesados, muchas des y muchas bes.

* Anillo de pedida, amor o amistad típico de Irlanda. (*N. de la T.*)